

Yo mando



El balazo me lo dieron en la ingle. Y ahora sangra. Y mucho.

Me cuesta, me resisto, llegar al Hospital para atenderme.
Quizá termine desangrado... pero no me quiero ir. Desconfío.

Copacabana amanece y el Pan de Azúcar, se envuelve en la neblina gris. Más allá, el Riachuelo se me hace chocolate de basura química. Pero sigo aquí, desangrándome. Y sigo aquí... ¿Adonde estoy? Argentina o Brasil, no lo sé... Y sangra, sangra mucho.

Podría costarme hasta la vida... o mi apreciada libertad. Salvo que...

Todos, absolutamente todos, me miran como a un ángel exterminador, cultivado en el barro demoníaco, diplomado en el analfabetismo más puro, nacido en los pasillos largos de conventillos entremezclados, criado en el sarro pestilente de la mugre y la humedad. Pero me tienen miedo. Mucho miedo. Y eso, a mi me basta.

Mi vida, para todos, es una asquerosa maldición bíblica, que cae como gotas de fuego hirviente en sus almas gélidas y congeladas. Retorno a la barbarie, dicen, refiriéndose a los míos. Pero estoy aquí, y para quedarme para siempre. He leído. He leído, mucho, muchísimo en las cárceles. Nueve años en gayola, me han enseñado todo, todo... Los giles, me enseñaron a escribir, a leer, y a saber porqué yo estoy así... Psicología, historia, y hasta filosofía. Con Sócrates y Platón incluidos.

Y estoy aquí para permanecer inmutable en este caos, en el que ahora estamos todos. Es la era de la post miseria, con su bagaje de ideas y amenazas. Post miseria que se nutre de los miles de verdosos dólares que nos deja el mercado de la droga. Post miseria que exprime las ventajas de celulares, de Internet, de satélites y de armas de las más mortíferas.

Post miseria. Monstruo, que emerge desde los basurales olvidados, que asoma sus miles de cabeza entre los peores tachos de basura. Nueva forma de matar a ese distinto, que nació con mucho más que con su piel desnuda. Distinto de nosotros. Nueva forma de matar a ese que quiso creer que nosotros, no existíamos... Que nos dijo no, que nos negó, que nos ninguneó, asquerosamente. Y mejor que ahora, no llore. Que no implore piedad.

Post miseria. Futuro apocalíptico. Desastre que se asoma en el futuro de los que se creen normales. Normales, que ahora viven inundados de miedo y de terror. Venganza tardía del no pensar en nosotros, los más pobres. Conciencia humanista, que cruje entre bisagras oxidadas y con destino de muerte, en brevedad. No existen más los asaltantes románticos y de sentimientos nobles. Ahora, somos nosotros. La post miseria organizada... Los amos absolutos de la calle y de la vida...

Ahora yo soy yo. Ya no hay más. Ya no hay más de esa incertidumbre del "si valgo o si no valgo". *¡Valgo, carajo!* Los estúpidos, los giles, se están llenando de terror, pues solo pueden lamer felicidad, si aumentan todavía un poco más, su estupidez humana. Nada, es lo único que le resta por hacer. Nada, es la sentencia fatalista. Nada, es nada y nada más.

Olas de odio que asfixian la estupidez inflexible de estos tiempos. Tienen miedo. El ansia del dinero que quisieron y que nunca lo alcanzaron, los volvió aun más estúpidos y generó a todas nuestras hordas de bestias sin control, sin ganas de parar. Lo peor de este presente es lo que aun le queda por venir. Calles vacías de personas y pletóricas de miedo...

Hoy somos traficantes y consumidores de drogas ilegales y andamos con el andar de aventureros por el mundo. Hoy somos música oscura que ya nadie se preocupa de entenderla. Hoy somos fuertes, muy fuertes. Hoy somos dueños de vidas y destinos. Hoy somos una idea hecha dinero, drogas y armas de las más modernas. Hoy somos el ahora, la conciencia, de una sociedad que quiso olvidarse de nosotros.

Especie humana. Queda mucho por pensarnos y demasiados anaqueles por llenar, mientras tiemblan el pastiche nauseabundo y el estofado vulgar, de eso que se llama a si misma, especie humana. Candidata al lugar de honor entre la carroña y el desperdicio universal. Vacaciones de miseria, en el medio de la luna.

Nos dejaron tirados entre la disentería y entre el cólera. Retorciéndonos las tripas en el hambre. Alucinando bajo el efecto de las drogas, o por culpa de la infancia de carencias, que es lo mismo. Espectros y fantasmas que se mueven por las calles ahora, cuando surge la penumbra, dispuestos a matar, a asesinar, sin la menor piedad.

Le damos de comer al sepulturero, que construye para ellos mausoleos eternos, a los cuales también habremos de saquear. Laberintos de dolor, sin luz que les ilumine la podredumbre más espesa en las que moran sus cerebros egoístas. Medianoche permanente en el jardín del bien y del mal, perseguidos por sus miedos. Si el corazón les pudiese pensar, se pararía. Mundo de lo más malvado y corrupto de la historia universal. *¿De que se quejan, ahora? ¿De que los pobres hayamos reaccionado...?*

Rencor de clases olvidadas, postergadas. Sonidos de montañas de basura. Pobreza del no sentirse querido por los otros, mientras se nos inunda de música para los ratones del veneno. Reinado del despojo, flotando en excrementos, por dentro de las fábricas vacías. Cada palabra es una huella del dolor. Y cada línea, el horizonte perdido en el misterio. Doble moral e hipocresía, que envenena a los supuestos hombres buenos.

Éxtasis sagrado del que escucha y del que cuenta. Por la vereda del desencanto me acerco poco a poco, al hospital. Me duele todo... Se me va todo en cada gota de mi sangre. Desaparezco, en el placer indescriptible de ese dejarme ir.

Y luego aparezco en una camilla, bajo luces tan intensas que hasta me duelen en los ojos. Despierto, bajo miradas sospechosas, dispuestas a atacarme. Un guardapolvo blanco, se me acerca y me revisa. Una enfermera, me clava unas agujas y la sangre, desde un frasco, se

me mete gota a gota entre las venas.

- *Si aparece "la poli"... Sos boleta, tordo, sos boleta* - le digo por lo bajo, al guardapolvo de anteojos, mostrándole el revolver. Y se asusta, hasta temblarle el blanco de las manos y hasta entrecortársele, el soplido ronco de su voz de educadito.
- *¡Cállate, Mancho...!* - me dice la enfermera, mirándome a los ojos y en tono desafiante.
- *¡¿Cómo carajo sabes mi nombre?!*
- *Soy la madre del Monito, el hijo del Camarón...*
- *¡Ah...!*

Y en tres días, me voy del hospital. Todos se quedaron bien callados, como a mi me gusta. Asustados, bien asustados. Nadie dijo nada. Me dejaron como nuevo y pronto, voy a estar listo para dársela al camión blindado. Pero yo no soy un desagradecido. El tordo y la enfermera, ahora son mis protegidos. En el barrio y más allá, todos lo saben... Soy la post miseria. Yo mando.

Fin
Fin